

M E I R A

Por: Héctor Ceballos Garibay

La conocí en uno de esos convivios nocturnos que se prolongan hasta el alba y transcurren agitados entre risas, bailes y excesos sin cuento. Yo había sido invitado a última hora por una pareja de amigos, preocupados por sacarme de mis prolongados años de empecinada soltería. Camino a la fiesta, mis compañeros de juerga me recriminaban con la vieja cantaleta de que ya era hora de que sentara cabeza en vez de andar del tango al tango, como acostumbraba desde mi divorcio.

Al llegar a la reunión, me percaté de que no conocía ni a los anfitriones ni a los otros invitados; sin embargo, me sentí bien acogido. La camaradería y el optimismo, muy propios de esos años 70, fluía en el espacioso departamento de Villa Olímpica. Después de echar una mirada sosegada a esa archiconocida atmósfera (pósters de Mao y Zapata, libros por doquier, barbas y mezclillas aquí y allá), advertí también que todos los ahí convocados traían su respectiva pareja. Ninguna mujer para mí, ¡qué desastre! No quedaba, pues, otro camino que dedicarme a comer botanas, tararear las canciones y beber cuanto fuera posible con el fin de no sentirme ajeno a la algarabía reinante.

Acaso habría transcurrido una hora cuando apareció sonriente. Sin que nadie la acompañara, llegó como un buen

presagio: alegre, provocativa, malhablada; derrochando ese portentoso sentido del humor que todos le festejaban.

Pronto, muy pronto, una vez que terminó de saludar a sus conocidos, comenzó a mirarme como si fuera un bicho raro. Desde el fondo de la sala o desde el pasillo, ya estuviera bailando agregada a alguna pareja o sola, no dejaba de observarme, de sonreírme maliciosamente como diciendo: "seas quien seas, eres mío esta noche", "de mí no te escapas", "prepárate que voy por ti".

Y en efecto, de buenas a primeras se acercó a mí, contoneándose, segura de sí misma, con una botella de tequila en la mano,

- ¿Quieres o no quieres? -me preguntó, invitándome a beber.
- Ya estoy servido, gracias. Además, soy cubero de corazón -le dije, al tiempo que extendía mi vaso para brindar.
- Pues entonces te invito a salsear.

Sin esperar mi respuesta, comenzó a bailar con enorme destreza. Traté de imitar sus pasos de baile, pero ella era demasiado ducha en la materia. Su cuerpo se movía jubilosamente al compás de la música. Viéndola así, tan apetecible, luciendo su desparpajo con tanta frescura, me importaba poco o nada el que Meira no fuera una beldad de mujer.

Estábamos al punto de la extenuación a causa del zarandeo, cuando por fin llegó el turno de los boleros, esos ritmos pausados que nos ofrecían la ansiada oportunidad de entrelazar los cuerpos y las

palabras.

- ¿Qué te trajo por estos rumbos, papacito? -me inquirió al oído.
 - Vientos, vientos favorables del Norte, y sólo para conocerte
- le respondí con artificiosa coquetería.
- La suerte es mía, querido, mira y verás que aquí no abundan los hombres disponibles.
 - ¿Eres colombiana, no?
 - ¡No jodas! Soy venezolana.
 - Casi le atino, pues. ¿Y a qué te dedicas?
 - Estudio una maestría en Lingüística en la Escuela de Antropología; aunque, la meritita verdad, me ocupo de gozar la vida, ¿entiendes?
 - ¡Úchale!, qué presunción la tuya.
 - ¿Y tú, de qué la giras, corazón?
 - Soy arqueólogo y doy clases en donde tú estudias, ¿qué coincidencia, no?
 - ¿Arqueología?, eso sí que es una jalada. Bueno, allá tú.

Mi respuesta, ante su desdén, fue apretarla con más fuerza, y ella, absorta en la letra de la canción, simplemente se dejó querer.

Entre copa y copa, Meira me contaba de sus ligues memorables, de sus cineastas predilectos, de su pasión por Borges, de la poesía misteriosa que, según ella, existía en cada reventón.

- ¿Cuál poesía?, puro desmadre y eso es todo -le dije con ánimo de bajarle los humos.

– No seas cuadrado, cariño, nada más déjate llevar y te mostraré cómo sacarle poesía al placer...

– ¡Uf! Detesto a esos intelectuales que se sienten poetas hasta cuando están dormidos -le repuse, interrumpiéndola.

– ¿No me crees, verdad? Pues ven, ven querido. Sígueme...

Al principio la seguí con paso firme, mas cuando advertí que me llevaba al baño de visitas, comencé a resistirme. Sin dejar de reír, me jaló del cinturón y entramos al pequeño cuarto. Apagó la luz y comenzó a besarme cálidamente, sin precipitaciones, como si me estuviera revelando un mundo nuevo. Perplejo y con los brazos paralizados sentía cómo sus labios se deslizaban por mi cuello. De pronto, se hincó y abrió la bragueta de mi pantalón. De inmediato supuse que las cosas pasarían a mayores, pero ella se limitó a olisquearme por encima del calzón. La escena se interrumpió cuando alguien tocó con insistencia la puerta. Rápidamente nos acicalamos el uno al otro y salimos del baño con fingida despreocupación. Los que se dieron cuenta del chistecito nos miraron con ojos de "¡qué bárbaros, estos sí que llevan prisa!". Minutos más tarde, intrigado porque las risas y murmuraciones continuaban, me revisé el pantalón. ¡Oh, desgracia! Había olvidado subirme el cierre de la bragueta.

* * *

Le prometí a Meira que le daría un aventón a su casa si aceptaba continuar conmigo la farra en forma privada. Accedió gustosa, como si la proposición

hubiese sido pan comido. Nos despedimos de la ya escasa concurrencia y partimos, a eso de la media noche, a mi departamento. Nuestra fiesta íntima concluyó en un acostón más sobreactuado que gozoso, quizá debido al cansancio acumulado y a los excesos de la jornada. Así pues, sin mayor recompensa, le dimos gusto al gusto.

Hacía un frío cruel y no conseguíamos calentarnos el uno al otro. La plática, al igual que el entusiasmo, languideció lentamente hasta convertirse en silencio.

- ¿No crees que ya es hora de que te lleve? -le pregunté con timidez.
- No seas desalmado Raúl, son las 6 de la mañana y hace un frío de Judas. Prefiero quedarme a dormir contigo -me confesó reanimada.
- No te saques de onda, chaparrita, pero desde que me separé de mi mujer perdí la costumbre de dormir acompañado.
- Pues tan fácil como acostumbrarte de nuevo -replicó contundente.
- ¿Quieres que me pase el resto de la noche en vela? Ya casi amanece -le dije con ostensible enfado.
- Bueno, está bien. No te enojas. Llévame, pero te advierto que es lejos. Vivo en. Xochimilco.

La ciudad parecía aletargada por la baja temperatura. La noche mudaba sigilosamente su piel y se transformaba en día. Con exceso de velocidad cruzamos el sureste rumbo a su casa.

- ¿Vives sola? -le pregunté, tratando de hacer las paces.
- No, yo nunca podría vivir sola. Mi carácter no se lleva con la soledad. Camilo, mi hermano, me dio asilo por mientras -contestó con un dejo de resentimiento.

– ¿Y a qué se dedica tu hermano?

– A una sola cosa: a cogerse todas las mujeres de su entorno -
respondió soltando una risa apenas audible. Bueno, también es
ingeniero agrónomo, egresado de Chapingo. Se vino a estudiar a
México cuando yo era muy niña. Su esposa es chilanga y tienen
dos hijos que aún no le quitan lo mujeriego.

– Vaya cosa, pues padecen de la misma comezón -repuse con
ironía.

La estrechez del camino, los continuos baches y el ambiente
provinciano me alertaron de que ya estábamos en Xochimilco. Al
bajarse del coche, Meira se había reconciliado conmigo. Ella era de
esas personas que no pueden enojarse con nadie por largo tiempo.
Intercambiamos teléfonos y con un beso, demasiado prolongado para
mi gusto, se encaminó por la boca calle, desvaneciéndose con su andar
la bruma de la mañana.

* * *

Sonó el teléfono y al descolgar oí la voz cantarina de Meira. Sin pre-
ámbulos, me dijo que estaba en la Escuela de Antropología y que en
ese instante *salía* hacia mi departamento. Extrañamente, no me
molestó la idea de volverla a ver tan pronto, apenas dos días después
de aquella fiesta. Con cierta alegría supuse que tan sorpresiva visita

serviría para aliviar mi estado de aletargamiento.

– ¿Qué ondas, papacito?, ¿no te da gusto verme? -me preguntó apenas *abrí* la puerta. En sus manos traía un ramo de flores.

– Sí, claro, lo único que lamento es no tener comida preparada - le respondí preocupado.

– No hay bronca. ¿Ves esta bolsa?, pues son las viandas, mi hijito. Te cocinaré un delicioso espagueti boloñés.

Mi departamento se volvía otro con la presencia, siempre festiva, de Meira. El desorden que ella dejaba (los zapatos botados, los discos en el suelo, su risa ensordecedora) pasaba a formar parte de un misterioso ámbito, novedoso para mí, en donde los olores, los sonidos, el sabor y el color de las cosas constituían los asideros más valiosos de este mundo. Ahora que evoco su cara redonda y sus ojos prestos a la travesura, revivo aquellos tiempos cuando, con su irreprimible desparpajo, invadía mi cotidianidad y me sacaba de quicio. No obstante los estropicios generados por sus fugaces apariciones, reconozco que día tras día, como si ella fuera un narcótico, aumentaba mi dependencia de sus caprichosas visitas.

Al tiempo que preparaba la comida, Meira me cantaba canciones típicas de su tierra, luego se acercaba a mí y comenzaba a bailotear sin descuidar la cocción de los alimentos. Le fascinaba molestar me, interrumpir con sus puntadas cualquier actividad que yo estuviera haciendo. Recuerdo, por ejemplo cómo me llegaba por detrás y, de buenas a primeras, cogía mis nalgas y exclamaba: "papacito, qué bueno stá usté".

Con cierta frecuencia, antes de desnudarse y besarme, solía untarse y untarme los restos de ajo que traía en sus dedos (según ella, el ajo era el

mejor de los afrodisiacos), con el ánimo de convertir su juego en un ritual de festejo erótico. A veces yo la seguía en sus locuras, pero en otras ocasiones, sobre todo cuando todavía no caía víctima de su embrujo, solía regañarla y hasta llegué a echarla de mi departamento.

Aquel día, luego de saciarnos con el espagueti, continuamos buceando en busca de nuestras respectivas entrañas.

– ¿Cuántas veces te has enamorado? -me preguntó con solemnidad.

– La verdad, no lo sé. Quizá una o dos. Y créeme, quedé escaldado. Ahora prefiero no tocar fuego con esas andanzas. ¿Y tú?

- ¡Andrés!, sí, únicamente de Andrés. Él es el hombre de mi vida. Pero, ¿te imaginas? 20 años mayor que yo, todo un médico hecho y derecho, un verdadero chingón y ¡pácatelas!, un buen día lo dejé plantado. Sí, ya en pleno vuelo, le dije que no quería tener a su hijo. Aborté y tronamos como sapos. Triste, ¿no? Pero date cuenta que yo era muy joven... que necesitaba más experiencias, más juerga, tú sabes, tú me comprendes, ¿no es cierto?

– Estás zafada, Meira. Espero que nunca te arrepientas de haberlo botado.

– Tú me gustas más. De ti no me separaría, te lo juro.

– ¡Vete al cuerno! Lo nuestro es sólo calentura y punto. Me excitan tus locuras, eso es todo. Pero no se te ocurra enamorarte de mí, ¡recuérdalo!

– Está bien, no te sulfures, ya sé que te aterra la idea de comprometerle sentimentalmente. Aunque si me enamoro de ti o de cualquier otro no depende de la razón, ¿verdad?, sino de las vísceras, de las ganas de tenerte y cogerte, ¿te das cuenta, no?

– Bueno, en todo caso ese sería tu problema. Yo cumplo con advertírte-

lo. Y hablando de coger... ¿Cuántas ganas traes ahorita?

* * *

Meira, Andrea (la mejor y más reventada de sus amigas de Antropología), Gabriel (un solterón empedernido que invité para que me hiciera el quite) y yo, nos citamos en la puerta del *Blanquita*. Desde ahí caminamos un breve trecho por el Eje Central hasta llegar al *Nueva York*; íbamos expectantes y dispuestos a bailar salsa toda la santa noche.

Apenas nos habíamos bebido una botella de ron entre los cuatro, y ya Gabriel y Andrea, tal para cual, aprovecharon las escasas rolas calmaditas para mandar a volar el mundo circundante y fajarse a placer. Meira y yo, más sosegados en eso de los escarceos eróticos, intentábamos sostener una conversación continuada a pesar del estruendo que inundaba el antro.

– Por fin tengo el gusto ¿o será el susto? de conocer a tu amiguita -le dije a Meira, casi gritando.

– Sí, ya era hora. Andrea es la más chingona del grupo: ha leído mares de libros; y lo mejor, lo que más le envidio, se ha acostado con todos, con toditos los del salón ¡La adoro!

– Oye, bájale tantito. Me voy a poner celoso. ¿Acaso ya te la cogiste tú también?

– ¿Coger? Pues algo hay de eso, querido. Si te contara...

– Pues ahora mismo me cuentas, cabroncita.

– En realidad fue Alberto quien nos cogió a las dos -aclaró

con sonrisa maliciosa.

– ¡Ah!, canijo, ¿cómo estuvo eso? Fue una vaina muy rica, imposible de rajarse. Alberto es un abogado pirruris a quien le encanta ponerle el cuerno a su mujer. Se inscribió a la escuela con el único fin de ligar; a estas alturas del partido, ya lleva un semestre encamándose a mi amiguita y a cuanta se para por enfrente.

– ¿Y tú, qué pitos tocas ahí? -la interrumpí.

– El de Alberto, es obvio; también yo tengo derecho, ¿no? Resulta que Andrea. nos invitó a un *ménage a trois*. Y ocurrió, "tenía que suceder", como dice la canción, hace apenas una semana.

– ¿Hace ocho días? Y yo de iluso que te hacía ocupada preparando tu ensayo de fin de cursos. ¡No tienes madre! -le espeté, tratando de herirla.

– No seas machín, Raúl. Además, a ti qué vainas te importa. ¿De qué te quejas si jamás me has pelado en serio? ¿No estás celoso, verdad?

Exhaustos de tanto bailar, Andrea y Gabriel regresaron a la mesa y ello impidió, por suerte, que la discusión entre Meira y yo terminara en melodrama arrabalero. Pero los dos nos quedamos resentidos, aunque fingimos que todo marchaba sobre ruedas.

– ¡Ya, huevones! estamos aquí para bailar no para componer este pinche mundo -dijo Gabriel, al llegar a la mesa.

– Santa *libertis* -contesté yo, sirviéndome otra cuba.

Conforme transcurría la noche, los brindis vinieron a menos. Andrea y Gabriel querían irse a lo suyo, concluir lo que con tanto furor habían iniciado. Nos despedimos de ellos en el estacionamiento, y con el desencanto supurando de nuestros cuerpos, Meira y yo nos fuimos en silencio a mi departamento. A través de la ventana se filtraba el destello de la madrugada. Por primera vez no llevé a Meira a su casa de Xochimilco, como era lo usual. Tampoco tuvimos relaciones sexuales. Mirándome de hito en hito, simplemente dijo: "¡No!, hoy no tengo ganas".

* * *

Pasaron dos largas semanas sin verla, sin saber nada de Meira. Con la soledad y la abulia auestas, poco a poco se me volvieron obsesión sus reproches: "eres un misántropo", "un egoísta insufrible", "un cobarde incapaz de amar". Me dolían sus palabras, al igual que odiaba reconocer que me hacía falta su presencia, su risa contagiosa, su sensualidad a flor de piel, sus petulantes citas de autores consagrados, todo, hasta sus locuras y extravagancias las echaba de menos. Me asustaba descubrir, después de tantos años de vivir solo, que ella, precisamente ella me hacía sufrir con su ausencia.

Cierto día, mientras entregaba calificaciones a los alumnos de Arqueología IV, Meira entró al salón y pacientemente esperó en una de las butacas del fondo hasta verme por completo desocupado. Cuando por fin la tuve cerca de mí, la besé con intensidad tratando de mostrarle cuánto la había extrañado. Sin

hacernos reproches, nos encaminamos al *Sanborns* de San Ángel.

- Necesitaba verte, Raúl, despedirme de ti como buenos amigos.

Me regreso a Venezuela -me dijo apesadumbrada.

- ¿Cómo? Pero si aún te falta escribir tu tesis, recibirte. ¿Qué diablos te picó? -le pregunté con el alma en un hilo.

- Hace una semana que pasó lo que te voy a contar. Llegué a casa como a eso del mediodía. Mi cuñada y los niños habían salido al mercado. Camilo se estaba bañando y yo entré a saludarlo. Platicábamos de todo y de nada cuando, de pronto, con el pretexto de que hacía un calor infernal, me jaló a la regadera. Yo tenía la ropa puesta, Raúl. Nada le importó, sólo me repetía: "refréscate, anda, refréscate". Comenzó a desvestirme y seguía gritando y riendo como un loco. Yo no estaba excitada, te lo juro, pero tampoco tuve el valor de rechazarlo, de decirle que no. El escabroso jueguito siguió su curso: besos y caricias bajo el agua de la regadera y luego, sí, lo que ya te imaginas, cerró el grifo y me llevó en sus brazos hasta la cama. Pasó todo lo que tenía que pasar. Punto.

- Eso fue una locura, Meira, tú y tu hermano se pasaron de la raya -le dije tratando de reprimir la angustia que me provocaba su confesión.

- Sí, lo sé. ¿Comprendes ahora por qué tengo que irme? Mi cuñada no sabe nada y nunca lo sabrá; odiaría hacerla sufrir. Ella ha sido muy buena onda conmigo.

- Y tu hermano, ¿qué dice tu hermano de todo esto?

- Me pide que olvide el tema. Trata de negar lo que sucedió

entre nosotros, pero yo lo conozco bien y sé que no puede, no puede. Le dio gusto cuando le dije que adelantaría mi regreso a Caracas.

- ¿Y por qué chingados no se reprimieron las ganas? -le pregunté a boca de jarro, sin poder contenerme.

- ¡No me tortures, Raúl! Espero de ti comprensión y apoyo, te busco para despedirme, y me sales con reclamos moralistas. ¡Qué jodida vaina la tuya!

- Meira, te lo digo por tu bien: necesitas ayuda profesional, ver a un psiquiatra, en serio.

- Eres un ojete, Raúl. Tú te acuestas con cualquier chavita pendeja y tu única preocupación es repetirle la misma canción: "no creo en el amor", "el amor no existe", "no te claves conmigo"; el mismo discurso mamón con tal de escabullirte de una relación que te comprometa.

- Pero yo jamás cometería tus locuras...

- El tiempo lo dirá, mientras tanto reconoce que tienes pene, Raúl, pero te faltan pantalones para querer a una mujer. Estás más solo que una tiznada, coño. ¿Y me quieres dar lecciones de moral? ¡Vete a la vaina!

Los años, ¿dos o tres?, se fueron como alma que lleva el diablo. Un nuevo semestre había comenzado en la Escuela de Antropología. Aquel día estaba yo en la ventanilla donde se

recogen los cheques de la quincena. De pronto, frente a mí, advertí la presencia indeleble de Andrea. Firmé la nómina y me acerqué a saludarla. Me reconoció al instante y aceptó, a regañadientes, tomarse un café conmigo. Después de media hora de plática insulsa, toqué el punto que ambos esperábamos.

– Supongo que te escribes con Meira, ¿no?

– Por supuesto, seguimos siendo grandes amigas. Ya hasta fui a visitarla a Caracas. Apenas hace una semana que recibí carta suya.

– ¿Cómo está? Pláticame de ella.

– ¿Por dónde empiezo? Ya sé: acaba de terminar su tesis sobre Borges y le salió de poca madre. Pronto vendrá a México a presentar su examen de grado. ¿Qué más te cuento? ¿Te platicó ella de Andrés? Pues volvió con él. Viven juntos. Lo conocí, es un tipo alivianadísimo. Ojalá y yo me encontrara a uno parecido, qué tipazo.

– Oye, dime la verdad, ¿alguna vez te ha preguntado Meira de mí en sus cartas? ¿Sabes si me recuerda con cariño?

- Claro que sí, Raúl. Es curioso, supongo que tú sabes el motivo, pero siempre que escucha tu nombre sonrío y se acuerda de aquellas madrugadas gélidas cuando, presuroso, le dabas aventón a su casa de Xochimilco.